
Vuelos y desvelos de la novela del siglo XX

Los tiempos modernos están culminando su ciclo histórico. Digo los tiempos modernos, no el capitalismo. El humanismo al que Occidente le apostó desde hace varios siglos y cuyos fundamentos y formas de vida aún dominan las sociedades modernas, incluyendo a los países socialistas, es cada vez más un cuerpo que envejece y se dirige a la muerte.

Esto se revela en los más simples hechos de nuestra vida cotidiana: un comercial de televisión, una silla, el estampado de una camiseta, y en otros menos simples como el arte, la filosofía, la religión.

Sí, el cuerpo está avejentado, desde hace algún tiempo huele mal, pero todavía tiene la suficiente vitalidad como para seguir existiendo y defenderse de sus enemigos. ¿Pero quiénes son los verdaderos enemigos de estos ya tan criticados y vilipendiados tiempos modernos? ¿Quiénes realmente quieren hacer añicos sus bases y principios y no sólo reformarlos?

Respondo una parte de la pregunta: No, por cierto, las ciencias humanas y los socialismos de todo tipo, que más que desear ver el cuerpo sin vida, metido en un ataúd, pretenden insuflarle nuevos bríos, nueva sangre, depurarlo de infecciones y enfermedades malignas, es decir, curarlo no matarlo. En algunos casos el remedio que nos proponen requiere de partes orgánicas de otros cuerpos, pero ello no quita que su interés central sea el de preservar y revitalizar el cuerpo enfermo.

Respondo otra parte de la pregunta: Más allá de la crítica superficial de las ciencias humanas existe otro tipo de cuestionamiento a los tiempos modernos: el efectuado por una especie de hermandad muy dispersa, desmembrada y heterogénea, que desde hace más de doscientos años ha desairado al cuerpo, llegando incluso a

* Texto leído en la conferencia "La novelística contemporánea actual", en agosto de 1988, en la FCPyS-UNAM.

encajarle las uñas en el cuello con el fin de exterminarlo, por supuesto sin éxito. Esta suerte de cofradía que ha convivido con su enemigo de maneras muy distintas, cuenta entre sus miembros con filósofos, místicos, teósofos, brujos, artistas y escritores. Gracias a su espíritu obstinado e inconforme, a su inconsecuencia y desacato a la norma y al sentido común modernos, la magia, el misterio, los sueños, la fantasía, el alma, la religiosidad —todos ellos excomulgados del escaparate productivista— no han logrado ser erradicados por los empresarios, ejecutivos y otros albañiles y maestros de obra de los tiempos modernos. Esto es cierto, al menos, en el aspecto público de la cultura.

No creo exagerar si afirmo que entre estos vástagos de la magia y la fantasía, los literatos sobresalen de los demás por la dimensión de su entrega a esta cruzada contra la reducción de la vida a las estrechas miras de la razón y la ciencia, y por el alcance del significado de su obra.

Para hablar de la novela del siglo XX no creo necesario hacer catálogo razonado, receta de cocina, inventario crítico o cualquier otra cosa que huele a covacha académica. La novela de nuestro tiempo es una mitología cuyos símbolos sólo tienen sentido, no en su explicación racional y teórica, sino en su vivenciación, es decir: el lenguaje que usa el arte y la novela no puede ser comprendido cabalmente, sin cometer una traición, una degradación de su razón de ser, más que por el propio lenguaje del arte y la novela. Entrar en contacto con él a partir de un código distinto al que emplea, por ejemplo, la razón, es mutilar su parte más preciada y esencial, su magia. Al pretender “explicar” la magia, la razón lo único que hace es abolirla. Sólo colocando la intuición como bandera en el mástil de este texto es como siento válido incursionar, con las limitaciones a las que he de ajustarme, en el universo de la novela contemporánea.

Los novelistas del siglo XX, junto con los poetas y algunos místicos, son los grandes reveladores de lo que hay de oculto en el alma de los individuos de esta época. Son ellos quienes más han buceado en las profundidades de este turbulento mar moderno; quienes más han descendido en el fondo de la noche, quienes más ascendido a las alturas celestiales, a pesar de las fuerzas reacias a ello.

Son ellos el más fiel espejo que describe nuestros rostros, deformidades, anhelos, contradicciones, virtudes. Son el ánfora que conserva lo que más nos signa, lo que mejor nos define. Si alguien me preguntara en dónde reside la mejor imagen de lo que hemos sido durante este siglo, le diría sin titubeos, que en la novela, en sus autores.

Son ellos, con sus excesos, delirios, búsquedas, conflictos y creaciones, el arquetipo de nuestra alma. Son nuestra alma. ¿Desea alguien hurgar en su interior y descubrir la sustancia de sí mismo? Hínque el diente a esa gigantesca vianda proteica y multisabora llamada novela contemporánea y observará cómo su alma se delineará y aparecerá, como esos papeles que colocándoles fuego a distancia comienzan a dibujar figuras que estaban ocultas.

Entre lo que dignifica al hombre moderno, entre aquello que más allá de la vergüenza le procura orgullo, la novela contemporánea ocupa un lugar de primer orden. Kafka, Beckett, Huxley, Pío Baroja, Proust, Musil, Mann, Gombrowics, Bataille, Faulkner, Kerouac, y otros, son las pocas cobijas con las que uno puede cubrirse

el frío de nuestro tiempo. Qué poco agradecidos estamos con ellos. Qué poco los valoramos. Deberían cambiarle el nombre a la calle de Insurgentes y convertirla en Herman Hesse, cuya vida y obra en nuestros días son mucho más valiosas e importantes que las de Hidalgo o Morelos. Deberían quitar el horrendo monumento a la Revolución y erigirle uno a Dostoyevsky, ese escritor del siglo XX que escribió y vivió en el XIX, y cuya sensibilidad e ideario están más vivos que nunca, que no las de Madero o Carranza.

Los novelistas contemporáneos conforman un universo múltiple y polimorfo. En ellos encontramos todas las variantes vitales a las que el hombre moderno se ha abandonado. Sus búsquedas y dudas son las de todos nosotros. Poco importa que no sean valoradas como debieran, que ni siquiera sean leídas por un número considerable de la población del mundo, que muchos de ellos, incluidos los más importantes, sean totalmente desconocidos aun por personas egresadas de la universidad. El hecho es que ahí están, salvaguardando la diversidad de las posibilidades humanas, alegando contra la estrechez de miras.

La novela de nuestro tiempo es una enorme y profunda veta que contiene una *summa* de símbolos que reflejan el sentir contemporáneo. Si la contemplamos como un todo será posible percibir su exhuberancia en el plano de las formas estéticas y en el de las ideas. La novela moderna es un manantial de nuevas formas, técnicas y estilos insólitos. Junto con otras artes emprendió una aventura estilística sin precedentes en la historia de la cultura universal. Nuestro tan denostado siglo XX, ha sido testigo de una de las más sorprendentes revoluciones en el arte que implicó la superación total del clacisismo.

¿Por qué los artistas modernos, en especial los novelistas, innovaron a tal grado las visiones tradicionales del mundo? Al hacerlo ¿han cometido el pecado de aislarse de la mayoría de los lectores habituales, se han deshumanizado, al decir de Ortega y Gasset, o más bien su instinto de supervivencia los ha llevado casi involuntariamente hacia zonas insospechadas?

Estas tres posibilidades tienen algo de cierto. Pero me interesa detenerme en la última de ellas: la del instinto de supervivencia.

Si bien la civilización moderna y el arte no han dejado de influirse mutuamente, su relación ha sido esencialmente dificultosa y hostil. No creo que haya existido en toda la historia una sociedad tan enemiga del arte como ésta. Nuestra civilización, por definición utilitaria, excluye el arte y el alma de sus tapetes de juego; y cuando los deja jugar, lo hace, no para seguir su espíritu sino para exprimirles al máximo hasta la última gota de beneficio material que puedan tener.

La vida civilizada moderna ha proscrito al arte de sus fronteras. Ha convertido la cultura en un objeto de decoración y esparcimiento. Lo inferior subyuga a lo superior. Lo más bajo ha usurpado el lugar de lo más alto y se hace pasar por supremo. Lo vulgar ha impuesto su soberanía.

Frente a esta realidad, el artista y el novelista tuvieron que acceder a una dimensión hasta antes desconocida: la de la libertad total en el estilo. Se acabaron la preceptiva y la norma clásica, ahora sólo existe la decisión individual del creador para establecer sus propias reglas en la configuración de la obra. Nadie le dirá cómo ni qué escribir.

Esta libertad fue la respuesta del artista y el novelista a la civilización que lo expatrió de sus Estados; y aunque esto no sucedió sólo en el siglo XX, sí sucedió atrozmente en el siglo XX. Para sobrevivir, el artista y el novelista modernos tuvieron que fincar su propia patria. Una sin fronteras ni prohibiciones, una en la que cada creador estuviera en condiciones de forjar su obra como él y nadie más lo dispusiera. La respuesta del artista fue de la misma envergadura que la agresión. El arte y la novela contemporáneos se han resistido a ceñirse la camisa de fuerza de la civilización modernas.

El novelista moderno, a la vez que crea una obra de arte con recursos estilísticos inusitados, siempre toma partido ante los problemas más acuciantes de la vida. Esto, tanto con la "forma" como el "contenido", por expresar una dicotomía que en la realidad no existe. Su vida y su obra están sumergidas en el fondo de la vida. Son parte orgánica de ella. De ahí que los problemas que aparecen en sus textos provengan de las raíces mismas de lo vital. Es en estas aguas donde nuestros creadores de novela pergeñan sus obras y destinos personales. Y ello de mil modos. Algunos cedieron al furor de la acción aventurera, otros al misticismo, al cultivo del lenguaje como un rito, a los excesos de la carne y el espíritu, al juego y la travesura, a la lucha contra el lenguaje, a la rabia contra el mundo, a la construcción de cosmos literarios, al rescate del tiempo pretérito, a la exposición del absurdo, a la recreación de mitos antiguos, y a tantas más cosas.

Todo menos la medianía. Todo menos atarse la orejeras que sólo permiten tener una visión unívoca y fragmentada del mundo. Con sus modos de vida renuentes a la fácil adaptación y sus obras abiertas a la magia, el ensueño y la trascendencia, estos novelistas desertaron de los ejércitos domeñados por los tecnócratas modernos y emprendieron un vuelo hacia regiones nunca antes vistas.

Estos hacedores de *novelas*, como decía Unamuno, llevaron al extremo sus vivencias. Los nihilistas más acerbos conviven con los más entusiastas defensores del optimismo; los delirantes con los angelicales; los orgiásticos con los ascetas; los mundanos con los celestiales; los sedentarios con los errantes. En esta polis novelesca hay de todo.

Con el Ulises, James Joyce convierte a la novela en una bola de cristal teúrgica, en un aleph donde el universo entero se revela, donde la obra se abre al máximo con el objeto de dejar que la realidad, con toda su complejidad e ilogicidad, pase a través suyo y cobre forma literaria. Así, la novela se basa en una concepción no racional del mundo y se concibe como una visión caleidoscópica del universo.

El espacio en el que se mueve la novela contemporánea es mucho más profundo que el de la ciencia y la filosofía racionalistas. En realidad, su espacio es todo el espacio. En él no hay límites, ni cortapisas, ni hommas. Sus creaciones no están cercadas con el alambre de púas de la razón, están abiertas al infinito. Y aunque van más allá de lo que la razón puede ir, ésta no está excluida ni anatematizada, está incorporada a una dimensión cognocitiva y estética que en mucho la trasciende.

Si bien no están reñidas, las flechas del arte y de la ciencia son distintas. Las del arte van dirigidas a un número infinito de blancos; las de la ciencia a uno solo. El arte está más próximo a una realidad más allá de la humana. La ciencia nunca se separa del mundo que vemos todos los días.

Todo esto le permite a la novela de nuestros días o tal vez, deberíamos decir, a ciertas novelas de nuestros días, viajar más lejos, volar más alto.

Pero hay una parte trágica en todo esto. La decisión del novelista de explorar ahí donde sólo unos cuantos se atreven, no fue impune. En ocasiones, el costo fue alto, el riesgo fatal. El conflicto entre artista y sociedad, que en siglo XX, a pesar de la posibilidad que tiene el primero de adinerarse, jamás ha sido tan salvaje. Ello ha creado una cohorte bastante desquiciada y bizarra de artistas, especialmente entre los literatos. Por desgracia, las obras no son iguales a sus autores. ¿Quién pensaría que detrás de la dulzura, limpieza y extraordinaria armonía de la prosa de Virginia Woolf, se escondía una alma enfermiza, maniacodepresiva que indujo a la escritora al suicidio?

Nunca en ninguna otra época histórica hallamos una cantidad tan grande de escritores y artistas atormentados. El siglo XIX y particularmente el XX, está plagado de hombres y mujeres de letras dementes, suicidas, alcohólicos, incapaces de conciliarse con su medio. Estos hombres elaboraron su obra entregando su vida a la tarea de confeccionar piezas artísticas con elementos armónicos que nunca encontraron en ellos mismos. Sus creaciones son como una ofrenda al género humano, como la dádiva obsequiada por alguien antes de inmolarsse.

Por supuesto que no todos fueron atrapados por las garras del impecable sino. Hubo quienes vivieron grandes naufragios, pero que sorteándolos consiguieron trascenderse a sí mismos. Cito como ejemplos a Burroughs, Hesse, Henry Miller. No faltan, tampoco, los que vivieron o viven una vida más o menos apacible y normal (Proust, Nabokov, Moravia, entre otros).

De todos modos, todos ellos tienen en común la búsqueda febril de nuevos horizontes vitales, lo que a muchos les resultó fatídico. Menciono como ejemplos a Jack London, La Rochelle, Pavese, Hemingway, Lowry, Witkiewics.

Héroes de nuestro tiempo, los literatos modernos son quizá la voz más auténtica, viva y esperanzadora del siglo XX, su radiografía, su augurio. Nada de lo que acontezca en el futuro dejará de tener la impronta de estos hombres y mujeres maravillosos que nos han legado lo más genuino de sí, lo más genuino de todos nosotros.

Jorge García-Robles